

EL ECO DEL ÁGUEDA.

REVISTA SEMANAL ARTÍSTICO-LITERARIA.

DIRECTOR

PIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

EDITOR PROPIETARIO: ANGEL CUADRADO.

REDACCION, ADMINISTRACION E IMPRENTA PLAZA MAYOR, NÚMERO 20.

EN CIUDAD.RODRIGO UN TRIMESTRE 6 RS., FUERA 7 IDEM, SEIS MESES 12 IDEM, UN AÑO 22 IDEM.

SUMARIO.—I. *El calesin*, Esteban Garrido.—II. *Diabluras*, José Zohonero.—III. *Á Laura*, J. J. Herrero.—IV. *Á una muerta*, Antonio Jimenez Verdejo.—Miscelánea.—ANUNCIOS.

LITERATURA.

EL CALESIN.

¡Ay! este vehículo monumental, blanco en tiempos más felices del apetito desordenado de bureo que animaba á nuestras manolas, ha desaparecido sin que orador alguno le haya dedicado dos palabras, en un tiempo en que las oraciones fúnebres andan de balde, y en que apenas hay *quidam* á quien no se dirijan despues de su muerte tres ó cuatro *puffs* lamentables, encaminados á ensalzar las virtudes que el difunto tenia sin saberlo.

Y sin embargo, ¿qué historia podrá ser más interesante que la historia de un *calesin*?—Casi equivaldría á una epopeya entera.—Podrían contarse sus días felices, celebrar los esfuerzos que ha hecho por conservar su vida, y terminar la obra, llorando á lágrima viva su muerte. Porque es de advertir que los *calesines* no han sucumbido de golpe, sino que han luchado animosamente por largo tiempo contra la ingratitude de una época que ha ido arrinconandolos, contra el deaden de una poblacion entera á la cual habian deparado tantos y tan estrepitosos goces.

No hay para qué recordar el papel importantísimo que el *calesin* ha representado en los días de toros, en las giras campestres, y en nuestras fiestas populares: ¡con sus vuelcos, sus vaivenes y las aventuras que se han cobijado bajo sus capotas, habria para escribir un libro!... Pero á pesar de todo ha caducado, sin que la humani-

dad madrileña acierte á comprender cómo ha sucedido esa catástrofe.

El calesin, carruaje de cuyo principio nadie sabrá decirnos cosa de provecho, no debiera haber tenido fin tampoco. ¿Quién podria efectivamente vanagloriarse de haber visto un calesin nuevo? Si en la actualidad existiesen, no serian ni mas viejos, ni mas súcios, ni mas feos, ni mas desvencijados que en la época de su mayor esplendor.—El calesero blasfemaria como blasfemaban sus compañeros del antiguo régimen y el caballo continuaria siendo tan maulon y tan rebelde, como lo fueron sus antecesores.

Con todo y con ello sentimos en Dios y en nuestra ánima, que hayan dejado de existir esta clase de vehiculos, porque á pesar de su decrepitud, eran eternamente jóvenes, vistosos y triunfantes.—Con el calesin se han perdido una porcion de hijos que eran españoles hasta la médula de los huesos, y los cuales no carecian de gracia, por más que diesen hasta que hacer á la justicia. El calesin, en una palabra, nos trae á la memoria el Madrid de 1808, el Madrid anterior á las farolas de gas y á los alquilones de peseta por ahora; el Madrid finalmente que conociamos antes de la invasion de los ferro-carriles, antes de lo que se llama el progreso de la civilizacion, y semejante recuerdo no puede menos de sernos grato.

Aquel Madrid valia por lo menos tanto como el Madrid de hoy dia. ¿Qué se habrá hecho del público que en los domingos y fiestas de primera clase se lanzaba á las afueras de la capital más ufano en sus calesines que los patricios de Roma en sus dorados carros? ¿Será ese mismo público que desdeña en Capellanes la jota y las



boleras nacionales por la galop y polka mazourka?—¡Ay! no: las entonadas maritornes que al presente encubren sus manos con guantes varoniles, y sus robustos piés con vestidos que van haciendo las veces de escobas, no equivalen á las hermosuras, que con mantilla de franja de terciopelo de á terciá, y con aire recio y gesto crudo, iban perdonando las vidas y haciendo estragos en las almas y en los bolsillos de los horteras más sensibles.—¡Pobres *manolas!* ¿Cuál será el hombre de gusto que no eche de menos aquellos delicados talles, aquellos piés minúsculos, aquellas medias tan resbaladizas, aquellas galgas, cuyas cruces servian de tanto provecho al diablo, y aquel aire, en fin, con honores de huracán?—¿Qué buen efecto producian sus españolas caras, entre aquellos impenetrables rizos de cabellos propios, bajo aquella mantilla manejada con desembarazo inimitable, y en medio del calesin que las servia de marco!...—¿Qué fiereza habia en aquellas negras miradas, qué brío y qué empuje en todos sus movimientos!—Jamás la pobreza hizo palidecer su inalterable alegría, ni su arrogancia cedió ante Rey ni Roque!

Pero ya no existen, ni los calesines tampoco. Ignórase si faltaron ellas, porque fallaron ellas ó *vice versa*; la verdad es que el calesin era á la manola lo que el zapato al pié, y que su existencia simultánea era imprescindible.—Faltando las manolas, tenia que faltar necesariamente ese vehículo, en el cual no se escasearian bien las costureras y no costureras, traducidas que han reemplazado *in partibus* á aquel tipo original y tan airoso, y así ha sucedido en efecto.—Si este reemplazo es ó no conveniente bajo el punto de vista de la civilizacion y de la moralidad, eso es lo que nosotros no sabremos decir; pero es lo cierto que la relajacion de nuestras costumbres camina en posta, segun creen los inteligentes, y siendo esto así, es de lamentar que, tipo por tipo, haya prevalecido el que es cosmopolita, sobre el que era eminentementé nacional, teniendo éste por añadidura la ventaja de armonizar con el carácter español, la de ser más adecuado á nuestro clima, y la de hallarse, en fin, asociado á una parte de nuestra historia y de nuestras tradiciones, de nuestras glorias y de nuestros desastres, de nuestras mañas y de nuestras costumbres.

Sin manolas y sin calesines, el país de los garbanzos tiene bien pocas cosas extraordinarias que ofrecer á los estranjerós que le visiten, puesto que estos, en su mayor parte, prescinden al recorrerlo de la riqueza de nuestros monumentos, y viajan por España como maleta, ó como pudieran viajar por las regiones de la luna ó por los espacios imaginarios.

Pero así y todo, hay quien cree que aquel cargamento y aquellos vehiculos deponian contra los progresos de nuestra civilizacion, y los que tal piensan se regocijan al ver obstruidas las calles y plazas de Madrid con centenares de coches de invencion moderna, aunque tan desvencijados ó mas que los antiguos, sin tener en cuenta que, á causa de la pérdida de las manolas y de los calesines, nuestra estragada é insípida juventud tropieza en el dia, en lugar de aquellas francas compañeras de viaje tan modestas en sus pretensiones, con ciertas damas de medio carácter, cuyo apetito no se sacia con los patrimonios mas pingües, y las cuales secan el bolsillo y el corazon, antes de que sus victimas se aperciban de ello.

ESTEBAN GARRIDO.

DIABLURAS.

I.

Brasas encendidas, cascadas de oro y granate precipitándose sobre las oscuras peñas del abismo, el rojo fulgor de un inestinguible fuego, el ruido hasta el fragor, la luz del incendio, todo lo más denso, todo lo más informe, la dilatacion sin límites de las sombras, el infinito noche, la profundidad tenebrosas sirven de prision al siniestro génio de la rebelion, al formidable proscrito del Paraiso, á Satán.

Del fondo del infierno se elevó sobre sus negras alas é inspiró á Milton. Luzbel se convirtió en Satanás; las alas blancas del arcángel se cambiaron en las alas pardas del murciélago; su morvidez en angulosidad; su color rosado en negro; y allí donde más brilla la cándida altivez del hijo del cielo, donde antes se hacia más visible el destello divino en su pura y espaciosa frente, se pintan las arrugas, nubes que indican la tempestad de las pasiones, y brotan de sus sienes dos hediondos cuernos.

El ángel toma las formas de la alimaña; hay un descendimiento desconsolador en esta metamorfosis; es ley divina la ley de la ascension; el gusano labra el capullo, y de él escapa convertido en mariposa; todo se embellece elevándose; la súcia raíz sustenta á la rosa, como la negra ola termina bordada por un feston de espuma. Y una presciencia extraña ha hecho pensar que el espíritu parte en rauda vuelo impulsado por el último suspiro del hombre. La ley del progreso presente hoy y siempre en el misterio de la creacion, es hollada en contra de Lucifer: inmenso castigo para un inmenso pecado.

¿Qué convulsion volcanica conmovió la serenidad de aquella angélica conciencia? ¿Qué tormenta nubló la inteligencia clara de aquel espíritu celeste? La ambicion.

Milton y Gœbte, Juan y Pereovicht hablan de este asunto sublime que motivó el drama gigantesco cuyo teatro fué el cielo en la plenitud de la luz, y el infierno en la intension de la noche; cuyos personajes titánicos combaten en nombre del principio

creador unos, en nombre de la muerte otros; cuyo protagonista es Dios.

La desaparicion del sol, la presencia de la noche y el triunfante reaparecer del sol en el siguiente dia, recuerdan esta lucha que anterior al mundo tal vez presentaron chocando los elementos todos.

¿Será esta fábula manera de explicar el potente combate sostenido en la profundidad del caos?

II.

EL SATANÁS DE MILTON.

La ambicion, hija de la soberbia, hermana de la gloria, pasion noble, pasion digna y propia para agitar y mover los espíritus fuertes, lucha con el alma: si ésta vence, nos da á conocer un Colon; si es vencida, un Diocleciano: puede por ella llegarse de un modo al apoteosis, de otro al abismo.

Es virtud, cuando violento huracan hincha las velas de la nave lejana y la impulsa al puerto. Es un mal, cuando como tala y desarraiga, siendo la destruccion y sembrando la muerte, el huracan de la ambicion dá el espíritu el choque contra lo justo, le rinde y le precipita en la degradacion, del cielo al infierno, del palacio á la cloaca.

Esta pasion agita el espíritu de Satanás.

Es necesario que él sea el foco de la luz que se esparce en lo infinito; es preciso que su pensamiento presida la conformacion de innumerables mundos; que él lo llene todo, lo ocupe todo, sea Dios.

Et *Quid sicut Deus*, protesta lanzada por las legiones angélicas, le hunde para siempre en el abismo.

Satán tiene en sí un infierno más terrible que el infierno en que cae; la ambicion; y sobre el fuego y las sombras eleva su voz, convoca á sus infortunados compañeros, y predica contra el eterno castigo, una eterna rebelion.

De entonces, el pensamiento como el Satanás de Milton, rebelde é inquieto, se agita y mueve en la sombría ignorancia; combate eternamente por su engrandecimiento, por su glorificacion, por acercarse y confundirse en Dios.

Guerra jigante del que desconoce contra lo desconocido; expansion sublime de unas alas en lo infinito; inquirir valeroso; pregunta audaz á ese misterio que más allá del oro de las nubes y de la luz de los astros, y más bajo que la profundidad del mar y las sombras de los precipicios, hace á la inteligencia vivir en el infierno de la ignorancia.

En su principio el combate engrandece la magestad de los combatientes; del fondo de las sombras surge el grito de rebelion: «¿por qué he de vivir? Y si vivo, ¿por qué he de ignorar?»

En un mundo virginal empieza la vida de dos seres. Adán y Eva, la inocencia, ese sonambulismo del cielo, mantiene tranquilos sus espíritus, alimentándoles tan sólo con la expectacion dichosa y vaga de los contornos confusos que forman las cosas; sensaciones puras, dichas inefables; gozando de la luz que les inunda, dormida su voluntad, sin nacer todavía la inquietud activa de su alma.

Satán sale del abismo á turbar esta paz, á poner el contraste, para originar la duda, á presentar el

claro-oscuro, el bien y el mal, á imbuir la ambicion que en sí siente, á continuar la guerra.

El Satán de Milton, blasfemo y altivo gritando libertad en las prisiones del abismo, luchando é incitando á la lucha, es el propio espíritu humano caminando á la consecucion del progreso y agitado violentamente por esa sed insaciable de saber que enardece al hombre: tal es la primera *diablura* del diablo, segun Milton.

De Milton á Goethe, hay la distancia que de éste al escritor polaco.

III.

EL DIABLO, SEGUN GOETHE.

Satanás, el rebelde titán, recurre ya á los medios que emplear puede un vulgar intrigante.

El diablo en acecho; el diablo no es ya Satanás, es Mefistófeles.

Vá conquistando una por una las almas; despues de haber envenenado la inteligencia, va á envenenar el corazon; luego de haber triunfado sobre el pensamiento, es indispensable que el sentimiento le pertenezca.

De aquí la intriga; de aquí el disfráz. El hombre ha de ser suyo completamente; para esto cambia de táctica en la lucha. Al hombre primero le presenta el misterio de una estrella; al hombre de la Edad Media, le aparta de la meditacion y le conduce al sensualismo. En el uno, señala el lado divino, y le enorgullece en el otro, el instinto animal y le empujea.

El misterio eterno; los ojos que se fijan en los astros y los piés que se hunden en el lodo. Lo que aún tenemos de la bestia, y dentro lo que quizás tengamos del ángel. Mefistófeles es el diablo dotado de la perfidia del gato.

Un amigo alegre... ¿Puede haber mayor peligro para vuestra virtud? El pone los naipes y los vasos á vuestra vista, él os incita y ayuda en las aventuras de amor y seduccion.

Mefistófeles es este peligroso amigo.

El estudiante viajero, el gracioso, alegre y chispeante bohemio, el estudiante corredor, el estudiante de la *tuna* que diriamos en España. El estudiante aventurero de Alemania, mitad levita, mitad soldado, que conoce los cantos religiosos y las ceremonias sacerdotales, como la esgrima y el juego; decidior, pendeuciero, ingenioso y audaz, inocente como un niño, atrevido como un pirata, enamorado siempre, dispuesto á jugar la vida en cualquier momento; es el tipo que sirve de disfráz á Mefistófeles.

Puede ser frívolo, pero no perverso; nadie puede sospechar que tras el estudiante, está escondido el diablo, que bajo aquella jovialidad, oculto en aquella franqueza, se halla la perfidia del más antiguo y experimentado de los malvados, de Satanás mismo.

Se disfraza para encender el deseo en un sábio, y precipitar en la culpa á una doncella. Fausto sacrificó su juventud al estudio. En forma de vagos ensueños siente su alma la inquietud del deseo, cuando la nieve de los años cubre su cabeza, y cuando la proximidad de su fin, le sumerge en la meditacion: él tiene derecho á una aurora de que no ha gozado;

su corazón ha debido amar, y lo conoce cuando la senectud, ese invierno de la vida y el desengaño, esa vejez del alma, le conduce á la muerte.

Mefistófeles le presta juventud, Mefistófeles le ayuda, Mefistófeles se vale de Fausto para tronchar la azucena, para manchar el armiño.

Toda la perfidia que guarda el abismo desatada contra una pura y virginal criatura, contra una aldeana sencilla, contra una mujer que aún es niña.

Satanás ha descendido: cuando inquietaba con el misterio era terrible, pero grande su tentación; ahora es baja su malicia.

El huracán troncha despiadadamente la flor; la oruga la envenena con su baba.

Se disfraza para perturbar la paz en el alma de un viejo, y mancillar el alma de una niña.

Y para esto deja su imperio de las sombras, deja su trono de fuego, deja sus legiones negras, se disfraza y maquina una intriga, medita un plan.

¡Cuánto ha descendido desde Lucifer á Mefistófeles, desde el Satanás de Milton al diablo Gœttele!

El genio oscuro de la rebelión de que habla el Génesis, ha llegado á ser en la Edad Media un tentador repugnante.

Este tentador ¿no es el deseo, como fué la duda? Fuego vivo que abrasa las venas; inquietud íntima que impulsa y arrastra con la celeridad de la pasión. Promete á Margarita, visión dulce que los ojos ven en la primavera de la vida, sueño de juventud... ilusión deseada...

Satanás es el pensamiento; Mefistófeles el deseo: tal es la segunda *diablura* del diablo, según Gœttele.

IV.

EL DIABLO INGENIERO.

El combate en la región de la inteligencia, la lucha en la profundidad del corazón: estas son las dos diabluras del diablo.

Pero hay algo más:

En una aldea aparece un hombre cargado de objetos extraños; los sencillos campesinos le rodean llenos de curiosidad, y el extranjero les muestra los objetos que la suscitan; son unas cajas dentro de las cuales se oye un ruido singular, de las que pende un disco en perpetuo movimiento, sin que pueda explicarse ni este ruido ni este movimiento: aquellas cosas miden el tiempo, son relojes.

¿Cómo es posible que se verifique sin la intervención directa del hombre todo lo que dentro de esas cajas sucede? Aquello es diabólico, aquello es horrible... ¡Qué sospecha! Y el que las trae ¿quién será? No puede menos, es el diablo mismo.

El diablo relojero de Perevichs; el diablo, que bajo su brazo trae papeles con dibujos y caracteres misteriosos; el diablo, que ofrece ese secreto, la industria para hacer esa diablura, la máquina.

El pensamiento, el deseo, la actividad, son los tres resortes que el diablo toca para la consecución de su siniestro propósito.

La actividad, ¡qué prodigios! Los portentos que el cielo realizaba á los ojos del hombre, los milagros, tienen un secreto que el diablo descubre.

Así como para ir á la comprensión del grandioso misterio, descubre el camino del libre pensamiento, para llegar á dominar el prodigio, descubre la senda anchurosa de la ciencia.

El relojero diablo sufre los ataques de la superstición, y por fin vence; en la mente del aldeano desenvuélvense facultades extrañas; pronto comprende las líneas y los caracteres de los planos; pronto observa y medita: pronto triunfa su razón y contempla orgulloso su construcción primera, su reloj, la inocente máquina que dá la medida del tiempo.

El aldeano trabaja como el diablo.

Lucha grande, por la que el más indefenso y débil de los seres, elevado sobre los delineamientos oscuros de la materia, lanza en derredor la luz que despidió su frente, domina y subyuga cuanto le rodea.

Encadena los elementos todos, surca los mares al soplo de los vientos, toma de los astros el hilo que le descubre los secretos caminos del laberinto que habita, dá á su pensamiento por esclavo el rayo.

No es eterno; pero el monumento es su huella indeleble, el libro su alma inmortal, la fotografía su sombra perpetuada, el fonógrafo el eco de su voz. La sombra separada del cuerpo, el eco respondiendo siglos después de haberse producido el sonido.

¡Última diablura del diablo!

Murió el pensamiento, murió la pasión, murió la voluntad.

JOSÉ ZAHONERO.

POESÍA.

Á LAURA.

Me preguntas, hermosa, por qué lloro
Cuando en abrazo estrecho
Besó con dulce fé tus trenzas de oro
Y mojó con mis lágrimas tu pecho;
Cuando veo temblar tus labios rojos
De amor y de deseo;
Cuando en tus dulces y tranquilos ojos,
El entusiasmo leo.

Y me preguntas, tú, que por qué lloro;
¡Ay! pienso que habrá un día,
Que ese rostro de nácar sonrosado,
Será ceniza fría;
Que el corazón que late entusiasmado,
Cesará de latir, roto y deshecho;
Y que esos ojos de el amor ardía
De asquerosos gusanos serán lecho.

Mas al fin, si apagadas nuestras vidas
Vuela el alma al espacio sin medidas;
No flores, Laura, no, que en el espacio,
Habrá noches de estío,
En que brillen estre las de topacio;
Habrá tardes de ardiente primavera,
En que se aduerma el río,
Y tiña el sol poniente la ladera,
Que se cubre de flores;
Y noches misteriosas,

En que vuelen nocturnas mariposas
Y las auras refieran sus amores.

Todo renace, todo;
Brotó la flor en el infecto lodo,
El río que se pierde va á los mares,
El polvo vuelve al suelo,
Muerto el empuje que elevarle pudo,
¿Por qué no ha de volver el alma al cielo,
Roto ya de la vida el torpe nudo?

J. J. HERRERO.

Á UNA MUERTA.

Par tid móu, nita onal!

JORGE DE VIEZMEN.

¿Dónde estás? ¿dónde estás? Te busco en vano,
como en la noche oscura
el naufrago perdido
busca en medio del pérfido oceáno
una playa segura:
te busco como el ciego
que de sus ojos en el negro abismo
busca del sol la luz y siente el fuego
y á su incesante ruego
solo responde su martirio mismo.
Un mundo de recuerdos se levanta
dentro del alma mía
y mi ansiedad me espanta;
que es mayor mi ansiedad que mi agonía!
Y—¿en donde? ¿en donde está?—pregunto en vano
que á mi dolor responde
solo un eco lejano
que sin cesar repite—¿en donde? ¿en donde!—

Quando en febril empeño,
en esas lentas horas en que el sueño
de mis párpados huye
y los minutos son eternidades
que la mano del tiempo no destruye,
el alma en su delirio cruza ansiosa
por vastas soledades
en busca de un consuelo,
al terminar su afán vé pesarosa,
nubes si mira al cielo
y en la tierra una cruz sobre una fosa.

—Murio!, dice esa cruz, como la estela
que la velera nave
deja en el mar cuando hácia el puerto vuela:
como el cantar suave
del ruiseñor, cuando el helado octubre
de blanca nieve las montañas cubre!—

—Murio!, las nubes dicen, como muere
del lago la neblina
cuando al salir el sol sus copos hiere:
como triste y aislada golondrina
si sobre el mar la abate
del huracán el destructor embate!—

Después silencio, soledad, mas sombra...
luego bañan la cruz tñbios reflejos:
el áura me parece que se nombra
allá lejos, muy lejos,
y tu nombre bendito

miro del cielo sobre el fondo escrito.

Mas, ¡ay! de tantas horas de ventura,
de los fugaces días que pasaron
como la brisa leda;
de aquel ángel de amor, de su hermosura,
de los sueños que entonces te arrullaron,
corazón, ¿qué te queda?

Alma mía, que subes
entre llanto á mis ojos presurosa,
mira: ¡solo una cruz, sobre una fosa,
y un inmenso dosel de pardas nubes!

ANTONIO JIMENEZ VERDEJO.

MISCELANEA.

El sábado 12 del corriente, fué nombrada Abadesa de la comunidad de religiosas del convento de santa Clara de esta ciudad, Sor Casilda Ana de Jesus.

Nuestro apreciable amigo D. José Rodríguez Parreño, ha sido aprobado maestro superior de instrucción pública.

Después de una larga y penosísima enfermedad, pasó á mejor vida el miércoles 13 del actual, el teniente graduado Alférez, del primer batallón del Regimiento infantería de Luzon, núm. 18, D. Bartolomé Migorra Cabret.

Y llevo cuatro. Ajustaba el Secretario del ayuntamiento de un pueblo las cuentas de los propios, y estendidas las partidas de cargo y data, se puso, hallándose presente el alcalde que observaba la operación, á sumar las diferentes columnas que ocupaba, marcando los números en voz inteligible, y diciendo al final de la primera:—noventa y cuatro, y llevo nueve;—y el alcalde repitió:—y yo otros nueve:—por lo que aquel funcionario creyó que este iba sumando á la vez que él. Y alegrándose por tanto de que le hubiese dado un resultado igual, continuó la columna siguiente y al final dijo:—ciento treinta, y llevo trece;—y yo otros trece—repitió de nuevo el alcalde: habiendo seguido así hasta terminar la operación. Entonces, recogidas las cuentas, se despidió el secretario para ir á su casa, y el alcalde le dijo:—Con que en seguida, que me mande Vd. esos cuartos—¿Que cuartos?—preguntó con extrañeza el secretario.—Otros tantos como Vd. se ha llevado—¿Yo?—¿No me ha oído Vd. decir que llevaba lo mismo que Vd.? Pues tengamos la fiesta en paz, y partamos como hermanos, por que si no, ni le firmo la cuenta, ni permito que se lleve Vd. un ochavo.

¿Cómo está Dios en el cielo? ¿Cómo está Dios en el cielo?—preguntó un cura á un chico que con él se confesaba, para cerciorarse de si sabia la doctrina cristiana; y él le respondió muy listo:—¡Toma! ¿cómo ha de estar? Perfectamente.

ANUNCIOS.

TALIS VITA. FINIS ITA.

NOVELA ORIGINAL
DE D. DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

El mayor y más completo elogio que de esta interesante obra podemos hacer, es decir que sin embargo de haberse publicado recientemente y en una población que se halla muy lejos de los grandes focos de vida literaria, ha merecido ya el honor de ser traducida y publicada en el extranjero.

Véndese en esta librería al precio de 2 pesetas ejemplar.

ALMANAQUES AMERICANOS PARA 1879.

Acaba de recibirse en esta librería un magnífico surtido de almanaques de pared, que contienen al dorso de cada hoja charadas, epigramas, anécdotas, acertijos, etc., etc. También se hallan á la venta ejemplares de los acreditados almanaques «de la Alegría,» «de los Chistes,» «del tío Carcoma» y de las novelas «La Hija mártir,» «El rey de los ladrones,» «Aventuras de tres mujeres,» «El rigor de las desdichas,» «Los pordioseros de frac» publicadas recientemente por la casa editorial de D. Jesus Graciá.

¡¡¡QUE GANGA!!!

Para que no pueda competir ningun otro establecimiento con el depósito de MAQUINAS PARA COSER que hay en Ciudad-Rodrigo, calle de Talavera, núm. 1.º, de acuerdo con las fábricas, ofrece el representante los precios siguientes:

Primitiva «Singer» de mano.	450 rs.
«Singer» de pié.	585 rs.
La misma perfeccionada.	740 rs.
La «Victoria» de mano.	440 rs.
«Canadense» idem.	320 rs.

Para familias de pié, de id. para sastres y sombrereros, giratorias para zapateros y guarnicioneros.

Se dan á plazos, se garantizan y dan otras si los dueños no están conformes con las que compran.

Mercado de Ciudad-Rodrigo, 15 de Octubre.—Trigo candeal, de 42 á 44 rs. fanega.—Idem barbilla, de 40 á 42 id.—Centeno, de 32 á 34 id.—Cebada, de 27 á 29 id.—Algarrobos, de 22 á 24 id.—Garbanzos, de 60 á 90 id.—Patatas, de 2 á 3 rs. arroba.—Aceite, de 74 á 76 rs. cántaro.—Harinas, de 1.ª á 18 rs. arroba.—De 2.ª á 17 id.—De 3.ª á 15 id.—De 4.ª á 10 id.—Menudillo á 6 id.

VARIEDAD EN TARJETAS AL MINUTO.

EN ESTE ESTABLECIMIENTO SE HACEN
á 10 rs. el ciento.

En la misma librería, se sigue espendiendo con una aceptación asombrosa, la verdadera y legítima

TINTA UNIVERSAL,
(EN POLVO.)

LIBROS DE TEXTO.

En esta librería se hallan á la venta todos los correspondientes á las asignaturas que constituyen el bachillerato en artes, y han sido declarados tales por el claustro de profesores del colegio de San Cayetano.

—¿me concederíais el señalado favor, de aceptarme esta noche por vuestro caballero?

María-Rosa pronunció un *sí* tímidamente y sin alzar los ojos. Entonces el príncipe le ofreció su brazo y rompió el baile.

Rivera y Leonor cambiaron una mirada de gozo, mientras que los convidados se mordían los labios de envidia.

VI.

Mientras que el príncipe fascinado por la peregrina hermosura de María-Rosa, perdía lastimosamente el compás, bailando de una manera detestable, un hombre envuelto en una ancha capa y calado el sombrero hasta las cejas, se deslizó por entre la muchedumbre que obstruía la calle de Toledo, entró en el zaguan de la casa de Rivera y se dirigió á uno de los lacayos que guardaban el paso.

—¡Eh! ¿dónde vais?—preguntó el sirviente con voz agresiva.

El de la capa, por toda contestacion, dejó caer algun tanto el embozo, para que la luz iluminase su semblante.

—¿Sois vos? ¿sois vos? *signor Salvator!*—y el lacayo mostraba el mismo asombro que si hubiera visto á un aparecido—¿qué mandáis?

—Lleva al momento esta carta á la *signorina* María-Rosa, —dijo el embozado poniéndole en la mano un papel y una moneda de oro.

El lacayo estaba sin duda acostumbrado á tales comisiones, porque no puso el menor obstáculo; llamó á otro para que le relevára en su puesto y subió la escalera, no sin sonreirse maliciosamente.

El embozado se retiró.

En aquel punto habia cesado la danza y María-Rosa paseaba del brazo de don Juan. Paróse el lacayo en el dintel de la puerta y aguardó á que su jóven ama pasára junto á él, para mostrarle el billete á hurtadillas.

María-Rosa vió aquel ademán y dirigiéndose al príncipe, exclamó:

—Permitidme que os deje por un momento, necesito arreglar mi tocado, que se ha descompuesto con el baile.

—Id donde os plazca,—contestó don Juan inclinándose.

María-Rosa salió del salon.

Cuando volvió á entrar en él, parecía preocupada é inquieta. Don Juan creyó sorprender en su rostro, las huellas del llanto. Sin embargo, la invitó á bailar nuevamente y María-Rosa aceptó.

Calló la orquesta y al conducirla don Juan á su asiento, María-Rosa dejó caer el pañuelo que llevaba en la mano.

Bajóse él á recogerlo y notó que sus dedos tropezaban con un papel. Era don Juan algun tanto presuntuoso, é inmediatamente le asaltó la idea de que María-Rosa habia convertido en substancia sus galanterías, se habia enamorado de él y no atreviéndose á hacer de palabra una confesion penosa, le escribía.

Sí, María-Rosa habia salido con el pretexto de arreglar su tocado para escribirle, habia dejado caer el pañuelo intencionadamente para que él lo recogiese. No podia dudarle, porque en el guante blanquísimo de la jóven, aparecía una indiscreta mancha negra, una mancha de tinta.

Don Juan era demasiado diestro y avisado en lances de amor, para cometer la torpeza de devolver el pañuelo.

—Señorita,—le dijo,—permitidme que guarde este pañuelo como recuerdo eterno de la deliciosa noche que he pasado á vuestro lado.

Entónces y solo entónces, fué cuando la hermosa napolitana echó de ver que habia perdido su pañuelo.

Ruborizóse primero, pero palideció al instante.

—¡Oh! no por Dios!—exclamó con voz conmovida,—¡devolvedme ese pañuelo! ¡he cometido una imprudencia!

Don Juan no necesitaba una confesion más explícita. En la mirada suplicante de Maria, en el trémulo acento con que habia pronunciado aquel ruego, se leían el amor que la abrasaba y el púdico arrepentimiento de haberlo confesado.

Por eso el príncipe no hizo caso de lo que María-Rosa decía, y besándole la mano, le dió las gracias. Luego mandó que se acercase su carroza; le tardaba llegar al palacio de la Vicaria para leer el billete amoroso que habia inspirado á su linda pareja.

—Caballero Rivera, señora doña Leonor,—dijo volviéndose á sus huéspedes,—os doy gracias por la brillante fiesta con que me habeis obsequiado. Permitidme que os la pague; dentro de ocho dias, os espero en mi palacio. Adios.

Luego atravesó la sala, lanzando una mirada á María-Rosa, que cayó en un sillón cubriéndose el rostro con las manos.

—¡Ay!—sollozó—¡leerá la carta, Dios mio? ¡Si, la leerá!

VII.

«Partiremos el sábado á la una de la noche. Me he provisto de una llave que abre el postigo del jardín y de una escala para que podamos bajar por tu balcon. En la calle nos aguarda una litera, custodiada por cuatro bravos. Prudencia y resolucion si en algo tienes, no ya nuestro amor, sino mi vida.

Quema esta carta y piensa en tu

SALVATORIELLO.»

Esto decía el billete que don Juan recogió con el pañuelo de Maria-Rosa, y en el cual se imaginó hallar una declaracion en extremo lisongera á su vanidad.

Tal enojo sintió, experimentó tal despecho al verse herido en su orgullo, que se puso lívido, rechinó los dientes con cólera

con sus brillantes rayos de luz, las inmensas lunas venecianas que pendian de las paredes. El ambiente que se respiraba allí era tibio y aromático, porque al perfume natural de las flores colocadas en magníficos jarrones de alabastro, se unía el de los vestidos, guantes y pañuelos de las damas y gentiles-hombres.

Vestidos llenos de lazos y presillas, plumas y piedras preciosas, flores, encages, hombros y brazos femeninos en completa desnudez, mostachos puntiagudos sombreando rostros varoniles, todo fluía y reflúa sin descanso, mezclándose y confundiéndose.

A las nueve, apareció el príncipe en la puerta del salon, llevando al lado á su opulento huesped.

Hizo un ligero movimiento de cabeza para saludar á la reunion y paseó sobre ella una mirada escrutadora. Ansiaba ver á la familia, mejor dicho, á una de las hijas del pintor, la que más le habia admirado en el cuadro de Vénus y las tres gracias: pero sus ojos deslumbrados aun por la repentina claridad y divertidos con tanto objeto diferente, no hallaron lo que buscaban.

Rivera tomó por la mano, primero á Leonor y sucesivamente á sus tres hijas y se las presentó diciéndole:

—Señor, he aquí los originales; juzgad ahora si os decía ó no la verdad.

El príncipe pareció turbado, cualquiera hubiera dicho que no acertaba á hablar.

—Creo,—dijo al fin,—que apesar de vuestro talento, no habeis podido hacer tan lindo los retratos, como son los originales.

Ni Leonor ni sus hijas contestaron, aunque adivinaban á qué aludia don Juan.

—Su Alteza,—dijo Rivera, mientras el príncipe devoraba con los ojos á Maria-Rosa, la mayor de las tres hermanas,—ha visto en mi estudio el cuadro de Vénus y las tres gracias, y es tan galante, que me acusa de no saber pintar.

Leonor Cortesse dió las gracias con el despejo de una reina; sus hijas se limitaron á hacer una cortesía.

—Señorita,—añadió don Juan dirigiéndose á Maria Rosa,